

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 88.—BARCELONA 18 DE ENERO DE 1916



Heridos alemanes preparando el árbol de Navidad en un lazareto

CRONICA INTERNACIONAL

I. Inglaterra y Rusia.—II. La crisis íntima de Inglaterra.—III. El reclutamiento obligatorio en Inglaterra y su significación

I.—Inglaterra y Rusia

Durante varias semanas ha estado interrumpido, por el Gobierno ruso, el despacho de telegramas al exterior, y sólo han circulado las noticias de carácter oficial. Luego se ha sabido que el motivo de esta rigurosa medida era la situación interior, bastante delicada, porque se extendía una poderosa corriente de opinión favorable a la paz, y se manifestaban sin rebozo los pareceres de grupos influyentes, que proclamaban el retorno a la tradicional política moscovita de expansión en Asia, aunque para ello fuera menester romper la alianza con Inglaterra.

Al cesar la censura y volver a establecerse la circulación de telegramas y periódicos, la lectura de éstos da a comprender que el Gobierno ha conseguido restablecer una relativa armonía en la prensa e imponer su voluntad de proseguir la guerra. Pero, si bien las clases elevadas y pudientes han aceptado el punto de vista gubernamental, no acontece lo mismo con las populares, las campesinas en primer término, sobre quienes recaen principalmente las cargas de la guerra, en sangre y en dinero. No es posible, pues, poner

en duda que Rusia desea la paz, y el caso está en saber si el Gobierno podrá seguir imponiéndose o si tendrá que ceder a los sentimientos explícitos de la nación. No es probable que ésta soporte resignadamente una nueva derrota militar, mientras que un triunfo del ejército reanimaría el espíritu público y la lucha proseguiría con tanta fiera como antes.

El enojo de los rusos no proviene tanto del fracaso de sus armas, ni de los sacrificios que la campaña impone, como del convencimiento, que se ha ido extendiendo, pero que ya estaba arraigado previamente, de que Rusia ha sido un triste juguete de Inglaterra, y que ha tenido que poner toda la carne en el asador, en tanto que la Gran Bretaña se limitaba a prestar dinero a elevado interés.

Tienen razón los rusos, como la tienen no pocos franceses que piensan lo mismo. La verdad, en toda su desnudez, no la verán, sin embargo, hasta que la guerra termine y se sosieguen los espíritus. Ahora están tan enardecidas y exaltadas las pasiones, que hasta los entendimientos más serenos ven con poca claridad los acontecimientos que se desarrollan en su presencia.

¿Qué hace Inglaterra? es el clamor general. ¿Para qué sirve su escuadra? ¿Por qué ha de marchar a la muerte toda nuestra juventud—la rusa,—y hemos de soportar los golpes más fuertes del enemigo, mientras Inglaterra se mantiene en la sombra, guarda sus barcos, reserva sus tropas y sólo se preocupa en proteger sus territorios y apoderarse de nuevas colonias? Lo triste es que se ha necesitado casi año y medio de guerra para que la venda haya empezado a caer; pero ¡cuántas y cuántas personas no se hacen cargo todavía de estas verdades! Lo cual no es sorprendente, porque si cada vez que un pueblo apela a las armas no se extraviara el buen sentido, muchas guerras no estallarían y otras muchas terminarían mucho antes. La guerra es un estado de locura de las naciones, y la demencia alcanza inevitablemente a los individuos que las componen.

Inglaterra se ha dado perfecta cuenta de lo peligroso de esta situación. La retirada de Rusia implicaría el fin de la guerra; y sin necesidad de llegar a tanto, si Francia e Italia se contagiasen del disgusto moskovita, el Imperio británico se hundiría en el abismo; en estas grandes conmociones históricas, los enemigos de hoy pueden trocarse en amigos de mañana y recíprocamente. Intranquiliza, en este concepto, a los britanos el cambio de actitud que se inicia en los gobernantes italianos, los cuales disimulan a duras penas sus simpatías por Alemania y el convencimiento de ser imposible la derrota de Alemania. Con todo, la intervención de Italia no es decisiva, y lo sería en el acto la sumisión de Rusia.

¿Qué hacer para prevenir tan pavorosa eventualidad? Si realmente Inglaterra no tuviera nada que echarse en cara en cuanto a su participación efectiva en la guerra, no habría aparecido el disgusto en Rusia; y dentro del actual momento, bastaría que los soldados británicos dieran ostensibles muestras de su presencia en los teatros de operaciones, para que se calmara el desagrado, toda vez que los partes oficiales no tardarían en extender por todos los ámbitos del mundo las hazañas y los sacrificios de las tropas británicas. Si los rusos están equivocados, en su mano tienen los ingleses el medio de disuadirles de su error, por el único procedimiento eficaz que existe para demostrar el movimiento.

Pero, no. Inglaterra completamente ciega y mal acostumbrada en los tres últimos siglos, cree sinceramente que hace todo lo que puede y debe, aunque su ayuda no se haya dejado sentir en Rusia; y, para restablecer la buena armonía con el Imperio blanco, no se les ha ocurrido a los periódicos ingleses pedir que se emprendan fuertes ataques y se emprendan grandes operaciones, sino invitar a los personajes más significados de Rusia y a los representantes de la prensa a visitar los ejércitos ingleses, y enviar a todos los pueblos rusos del interior películas cinematográficas y proyecciones luminosas de la vida de campaña y de los combates en el teatro de Flandes y Gallípoli. De suponer es que no se lleve a cabo esta propaganda de modernísimo género, porque no faltará quien advierta que hay remedios mucho peor que las enfermedades que se quiere combatir.

II.—La crisis íntima de Inglaterra

La crisis interior que está atravesando Inglaterra no es la dimanante del fracaso de la campaña de

Lord Derby, ni de la originada por la cuestión del servicio obligatorio, ni siquiera por el descontento general que produce la desgraciada marcha de la guerra. Con pocas palabras pondremos al descubierto la cuestión que se esconde en el fondo de todas las polémicas y de los innumerables discursos que se pronuncian en las dos Cámaras.

Para la guerra se necesitan hombres y dinero. ¿Qué es preferible, derrochar hombres o derrochar dinero? *That is the question.*

El Gobierno no habla, pero su respuesta es bien clara: hombres y dinero. Los imperialistas votan por la preponderancia del elemento hombre; los industriales, comerciantes y navieros son del mismo parecer; el pueblo, no; y muchos políticos, que recuerdan los éxitos británicos alcanzados antes con la bolsa que con las armas, se suman a la última opinión. Es decir, que cada cual, creyendo servir a la Patria, tiene muy presentes sus intereses y conveniencias, y no hay medio de ponerlos de acuerdo.

No obstante, los números no inducen a engaño. Un año de guerra impone gastos, según declaraciones oficiales, por valor de la enorme suma de dos mil millones de libras (diez mil millones de duros oro), y todo el comercio de exportación, en tiempos normales, sólo importa cuatrocientos millones de libras (dos mil millones de duros oro), de manera que debiera sacrificarse el comercio si a este precio se redujera la duración de la guerra. De lo contrario, los perjuicios serán positivos, ciertos, y las ventajas nulas; no habrá beneficio para nadie.

Mas ¿quién asegura que el sacrificio del comercio acortará la guerra? ¿Se abandonará lo cierto por lo remoto, exponiéndose a perderlo todo? Los fracasos sufridos aconsejan retener lo que ya se tiene, acrecentarlo si es posible, para ponerse en condiciones de restañar las heridas económicas el día de mañana. De consiguiente, gástese en la guerra cuanto sea necesario, apelando al crédito, pero no se toque al comercio, que exige la permanencia en la nación de muchos hombres, la protección, incluso pecuniaria, a las industrias, el empleo de muchos barcos de guerra en la vigilancia de las rutas marítimas, en una palabra, la conservación del estado de paz en pleno período de la mayor guerra que han visto los siglos.

El Gobierno tomará el partido que crea más acertado, pero sea cual fuere no le acompañará la unanimidad de sentimiento y de pensamiento de sus gobernados. Esta es la crisis honda, a la que no se ve remedio. ¡Inglaterra debe vencer, poniendo todos los medios de que dispone! dicen los unos. Los otros exclaman: Si aún no hemos sido derrotados ¿a qué arruinarnos y persistir en los grandes errores cometidos? Divergencia que más o menos pronto ha de rendir sus naturales frutos, a menos que una pronta victoria, que pocos esperan, o un terrible golpe, vuelva a unir las voluntades. Los acontecimientos se precipitan y no tardarán en dar la respuesta.

III.—El reclutamiento obligatorio en Inglaterra y su significación

Por fin el Gobierno británico se ha decidido a dar el paso culminante de pedir la implantación del servicio obligatorio. Comprenderá a todos los indi-

viduos solteros y viudos, de 18 a 40 años, residentes en la metrópoli, con exclusión de los irlandeses, a quienes no alcanza el proyecto presentado al Parlamento. El ministro del Interior, disconforme con esta resolución, ha dimitido, y es muy posible que la crisis se extienda a otros miembros del Gabinete. Los laboristas, opuestos al servicio obligatorio, comienzan ya a manifestar su descontento, y se observa una marcada agitación interior, que sin duda será pronto acallada por las voces del patriotismo. Pero no es esto lo más interesante, ni lo que conviene dejar registrado en estas *Crónicas*. Importa más otro aspecto de la cuestión.

Según datos oficiales, el llamado «sistema de Lord Derby», última tentativa en grande escala de alistamiento voluntario, ha proporcionado un millón cien mil reclutas o poco más; quedan por alistar otros seiscientos mil hombres, únicos que caen dentro de los preceptos de la nueva ley. Como no hay motivo para dudar de la veracidad de las cifras anteriores, se ocurre desde luego esta pregunta: el servicio voluntario ¿se quiere implantar para reforzar el ejército británico o se ha adoptado la medida con miras al exterior?

Público y notorio es que un grandísimo número de hombres que se hubieran alistado en el ejército, han sido excluidos de él y conservados en las fábricas de armas y municiones, donde sus servicios son necesarios. Otra masa no pequeña de los 600,000 disponibles se encuentra en el mismo caso o trabaja en minas y talleres, que Inglaterra no puede desatender; de modo que, sin pecar de exageración, el alistamiento obligatorio sólo podrá dar unos 300,000 hombres, y con el voluntario se han obtenido tres millones y medio de hombres que con los incorporados a la marina dan un total de cuatro millones. ¿Cómo se explica entonces que la prensa inglesa hable del fracaso del reclutamiento voluntario, si de cada diez hombres ha llevado nueve a las filas? ¿Se comprende la desilusión producida por el resultado del «sistema de Lord Derby», cuando gracias a este «sistema» se han alistado las dos terceras partes de los hombres hábiles? ¿Cree sinceramente Inglaterra que si sus tres o cuatro millones de soldados no le han deparado la victoria, sino todo lo contrario, va a lograrla con un refuerzo de 300,000 mozos, incorporados al ejército contra su voluntad? ¿Merece la pena de provocar la desunión de los espíritus y engendrar el descontento en una parte del pueblo, con la sola compensación de disponer de 300,000 soldados más? ¿A qué nuevos medios apelará el Gobierno, si la tan deseada victoria no llega tampoco? Porque desde el momento que llama a los mozos de 18 años, no podrá ya encontrar más hombres, hábiles por su edad, hasta el próximo de 1917, y para entonces la guerra habrá terminado.

El millón y medio de soldados de la recluta obligatoria y de la de Lord Derby no estarán instruídos antes de mayo, y para que se encuentren en condiciones de que su intervención en la campaña sea eficaz, habrán de transcurrir otros dos o tres meses; puede contarse que en junio o julio será cuando cabrá advertir la presencia de los nuevos contingentes en el campo de batalla, pero estaría muy justificado, y nadie lo podría con justicia reprochar,

que no se les enviase al frente antes de agosto o tal vez septiembre. ¿Qué habrá ocurrido antes de esa fecha? ¿Darán tiempo los acontecimientos a un esfuerzo tan tardío, o se resolverán antes? ¿Hay cuadros de oficiales para el nuevo ejército? ¿Y las armas, municiones, equipos, etc., que obligarán a activar la fabricación, estarán listas y terminadas?

Estas razones y otras de menos fuste dan a comprender que Inglaterra no cree ni espera decidir la guerra con su último millón y medio de hombres, compensado en el campo contrario por los nuevos contingentes turcos. Su finalidad es otra.

Hace más de un año que en Francia y Rusia se comenzó a decir que Inglaterra enviaba a los demás pueblos a la muerte y ella se quedaba en casa; calladamente al principio, de un modo más recio, luego, y sin rebozo, por fin, los aliados de Inglaterra proclaman ya lo que sabíamos hace mucho tiempo los neutrales. Rusia, la más perjudicada hasta ahora, es la que más enojo siente contra su aliada; y como la paz o la continuación de la guerra depende puramente de Rusia, Inglaterra se ha visto en la necesidad de apurar todos los medios para calmar aquel disgusto y evitar que la *Entente* se disuelva. Se le inculpaba de hacer la guerra con sangre de otros pueblos, y esto le ha puesto en el trance de decretar el servicio obligatorio. En la forma y con las atenuaciones que se propone ¿satisfará la medida a Rusia, Italia y Francia? Es muy dudoso, porque el disgusto no proviene tanto del número mayor o menor de soldados que pone Inglaterra en la balanza, como de su escasa o nula participación en las operaciones que no la interesan de un modo directo. Con pocos o muchos hombres, Rusia se ha sacrificado, y se ha sacrificado Serbia y se ha desangrado Francia. ¿Ha hecho lo mismo Inglaterra? En resumen, hemos de ver, ante todo, en la decisión del Gabinete británico un recurso extremo para que se conserve compacta la alianza y se cierren las grietas que han aparecido en ella el verano pasado.

F. LARIN.

LA LITERATURA DE LA GUERRA

HISTORIA

No parece que sea este el momento de escribir la historia de la guerra. Ni siquiera de comenzar a escribirla. La historia tiene sus perspectivas y su ambiente; y esas perspectivas las ofrece el tiempo y ese ambiente la ausencia de pasión. Y ahora... ahora los hechos *se nos vienen encima*, el detalle más o menos fiel, el dato más o menos exacto, el episodio, la impresión del momento aportan los elementos que han de nutrirla y ¡sin duda alguna! desnaturalizarla. ¿Quién está, por otra parte, libre de pasiones y de prejuicios? ¿No constituirá osadía adelantarse a un juicio bien fundado, al juicio quizás definitivo, previo el examen, la depuración, la crítica de los múltiples elementos que ha de brindarnos el portentoso acontecimiento de la guerra? Labor improba y penosa si se tiene en cuenta la balumba de libros y papeles inspirados en ésta; labor tanto más difícil, en cuanto la guerra actual dejará un rastro de odios a que difícilmente podrán

sustraerse los historiadores, no digo entre los beligerantes, sino entre los mismos neutrales.

Pero la aparición de esas denominadas historias no ha debido de causarnos gran extrañeza. Por un lado se ha tratado de satisfacer la avidez de lo que



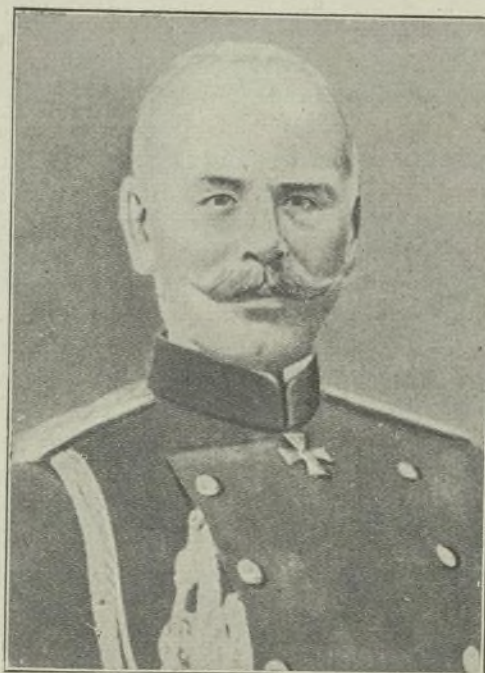
General Boyadyev, jefe del primer ejército búlgaro

nuestros vecinos llaman *el gran público*, por otra de hacer labor de propaganda entre los neutrales; y he aquí por donde la especulación editorial ha podido darse la mano con el partidismo. ¿Vale la pena de establecer una clasificación respecto a tales obras? Si las primeras no son otra cosa que variantes y ampliaciones de lo que conocemos por la prensa informativa, respecto a las segundas algo puede decirse, sobre todo si se atiende a la calidad de sus autores, algunos de ellos, como Hanoteaux, actuantes en la política francesa en estos últimos años, otros como Seignobos, profesores ilustres de las Universidades de Francia. Porque ya este grupo de publicaciones históricas tiende marcadamente a crear y a formar estados de opinión, y menos que a dar un total conocimiento de los hechos, a influir sobre los lectores, en especial sobre los lectores de países neutrales, objeto este preferente en los tales libros. Pero aun prescindiendo del espíritu nacional o partidista de estas obras y aun dándoles su apropiado valor en razón a los antecedentes que aporten ¿cuál es el que puedan tener tocante a la serie de hechos que ante nuestra vista se desarrollan?

El buen sentido dice que ninguno; pero ¡vayan ustedes con el buen sentido a ciertas gentes! Ahora resulta, según la crítica al uso que «la Historia, lo mismo que la Guerra, será preferentemente, *más que una ciencia, una obra de arte*, la más augusta, la más humana de todas... (sic)». Y ahora resulta también que si Hanoteaux escribe su relato a medida que la guerra se desarrolla es por creer de urgencia que Francia narre sus vicisitudes; es, según él mismo

nos dice, *para que no aparezcan luego historiadas sin contar con ella*. Y además, según un cronista, porque al historiador francés «le importa mucho reunir elementos que cimenten la opinión del mundo sobre su patria (ahí está el toque)». Lo verdaderamente peregrino es que al publicarse la versión castellana, vaya encabezado el prospecto con la opinión de políticos y literatos acerca de lo que se halla todavía en publicación, esto es, de una obra cuyos cuadernos van apareciendo aún periódicamente. Porque lo que Hanoteaux vale como historiador, como literato y como político, es indiscutible, y ahí están sus producciones, no sólo históricas, sino de política contemporánea para evidenciarlo; pero respecto a lo que sea la que ahora ve la luz, cabe hacer algunas salvedades.

¿Hay, no obstante, quien cree que es preferible escribir la historia transcurrido cierto tiempo a partir de los hechos, ni demasiado distantes ni demasiado próximos a ellos, y cuando todavía viven los actores y expectadores de lo que se narra? ¿Hay quien opina que no entre el humo de los combates, sino disipado éste, cabe una visión más perfecta de los hombres y de las cosas? Pues ese tal se equivoca lastimosamente, porque un político español de los de primera fila, afirma, al hablar de la imparcialidad histórica, que obras como ésta «*contendrán más verdad* que cuanto en siglos venideros se escriba con materiales recogidos en el silencio y soledad de los archivos y deformados por la lejanía de los acontecimientos»—y sigue—«porque la *pasión* que ahora pongan los historiadores coetáneos de las luchas es también una realidad, un elemento de verdad, y esa, el tiempo la consume (¡!), el polvo de los siglos la cubre a medida que las horas trágicas se van alejando.» Y al llegar aquí, brota espontánea de mis la-



General Alexeyev, jefe del Estado Mayor General del ejército ruso

bios esta exclamación: ¡Ni tanto, ni tampoco! Ni es cosa de pasarse veinte años en espera de que el *polvo se disipe* y las pasiones se aplaquen y los documentos se amontonen, ni es conveniente que ahora obscurecido el horizonte y acalorados los ánimos, nos pon-

gamos en una tarea que requiere luz, sosiego y elementos de juicio. Conocemos hoy más y mejor la guerra franco-alemana de 1870-71 que a raíz de su terminación. Otro tanto podría decirse de Napoleón I y su epopeya. Quizás para historiar la guerra actual, la mayor dificultad sea la balumba de libros



La madre del mariscal von Mackensen, de 90 años

y papeles que acerca de ella se publiquen y..... esta será la segunda parte de la misma, la guerra literaria.

Pero ¡libreme Dios de considerar infructífera la labor de los que como Hanoteaux están perfectamente documentados para emprenderla, pues han sido actores y testigos de importantes y decisivos hechos anteriores a ella! Tal vez entre las opiniones escritas a la ligera en un prospecto, la de más valía por lo bien fundada, es la del Sr. Cambó. «Será interesante, dice, ver como Hanoteaux, explica y comenta el conflicto europeo, surgido precisamente por haberse desviado la política exterior francesa de los cauces por donde la conducía Hanoteaux, desde el Ministerio de Negocios Extranjeros.» Y en efecto, nadie mejor que Hanoteaux para aclarar las obscuridades y las dudas que ofrece la historia diplomática de estos últimos años. Quizás su labor hubiera resultado por ahora más valiosa concretándose a los orígenes de la guerra, sin perjuicio de continuarla en mejor ocasión, es decir, transcurrido un tiempo prudencial, pues pocos cuentan con tantas aptitudes y conocimientos para acometerla.

Precisamente el mérito y la importancia del autor ha sido motivo de que en este libro pusiera toda mi atención. De otros, escritos por compatriotas suyos, vale más no hablar, pues sólo se circunscriben a la propaganda partidista y más que otra cosa son alegatos o impugnaciones de las que sale muy mal librada la verdad histórica, ya que no por tergiversación, por omisión más o menos intencionada. Pero ¡si ya esa verdad hay que buscarla trabajosamente en los mismos libros de colores! Dejando aparte lo que ellos omiten, ofrecen algunos, v. gr., el inglés, la particularidad de tantas enmiendas

como ediciones (enmiendas tanto más graves en cuanto se refieren a las fechas) y no siempre concuerdan y se ajustan las afirmaciones oficiales con la realidad de los hechos. ¡Los hechos! Hay que buscarlos en la historia de los últimos años e inútil sería constituirse en juez sin suficientes elementos de juicio. Lo menos que puede pedirse es esto, el conocimiento de los antecedentes, el oportuno conocimiento. No tanto lo escrito como lo ejecutado.

La misma historia,—si hemos de juzgar por lo que en nuestra corta existencia alcanzamos a ver— ¡cuántas tergiversaciones no se presta! Lo que se sofistica y se altera en los gabinetes diplomáticos, no se modifica y transforma menos en el secreto de los archivos. Y ¡quién duda que en la misma labor histórica entra por mucho la probidad del autor! En mis investigaciones por algunos archivos y en el trato con muchos asistentes a ellos he podido apreciar toda la verdad de este concepto. Ahí están para confirmarlo las obras llamadas de tesis, verdaderas impugnaciones o alegatos las más de ellas en los que los documentos se distribuyen y agrupan en tal guisa que vienen a confirmar y a robustecer las opiniones del que los manejó a su antojo. Pero ello no es óbice a que se consideren como fruto de una labor copiosa y concienzuda. Y ¡qué mucho si estas obras aparecen revestidas de aquella autoridad que se ciementa en textos de importante procedencia!

Y es que entre la verdad y la mentira hay un término medio que consiste en emplear la verdad contra la verdad misma, o sea en ofrecernos como verdad absoluta, una verdad incompleta, la verdad a medias, tanto más peligrosa, en cuanto parece perfectamente fundamentada. ¡Si esto se ve y se toca a diario en el comercio de la vida! Considérese, pues,



General Schekov, generalísimo del ejército búlgaro

dado el grado de apasionamiento, mejor dicho, de odio hoy existente, cuán difícil no será el colocar en su verdadero lugar esa verdad de que unos y otros se dicen pregoneros.

Estampamos estas consideraciones a guisa de

preámbulo. Otro día continuaremos estudiando el tema. Mas importa observar el contraste que ofrece en estos días la prensa y la literatura francesa, con las diversas manifestaciones de la intelectualidad alemana, sobria, lacónica, limitada a la réplica de los ataques enemigos. Y lo propio en los partes oficiales de la guerra que en las comunicaciones diplomáticas, tan ampulosos y tan artificiosos en el campo aliado. Por algo se ha dicho que los alemanes hacen la guerra y los aliados la literatura de la guerra.

FRANCISCO BARADO

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El silencio es oro

—¡Son unos guajas esos paganeles! ¡Ja, ja! ¿A que no adivinan ustedes cuál es el drama que está causando furor en Londres, porque es instructivo a la par que interesante?

(El señor A).—¿La danza de los generales? ¿El barbero de los aliados?...

—«¡The Spanish main!». Los personajes son irlandeses, españoles y varias *señoritas*, así, en español y todo; he aquí los nombres de algunos, que como ustedes verán, no pueden ser más castizos: Pedro Malorix, Casco, Ah Wi, Zarpa, Rosetta, Juanita, Caramba, Madre de Dios, y... ¡agárrense ustedes!... ¡Arrah bedad! En el coro figuran chinos, piratas, irlandeses, buitres y *señoritas*, capitaneadas por Arrah bedad.

(El señor A).—Eso es un delirio de V., don Subrio; no es posible que...

—Vea V. el nombre del autor: Vasco Mareñas, como si dijéramos señor Vasco o don Mareñas.

(El señor B).—¿Se puede saber cuál es el argumento?

—No le hay; todo se reduce a bailes—no tan violentos como los de Ipres, San Quintin, Ctesiphón...; piruetas y contorsiones, que recuerdan algo las de los Dardanelos, Suvla y Anzac; el desembarco en una «isla del Tesoro», donde se encuentra un célebre esquilador que rapa muy bien a los visitantes; y por último un furioso galop, como aquel inolvidable de Mons.

(El señor A).—¿Por qué los ingleses la habrán tomado con nosotros y los chinos y...?

—¿De quién echar mano? ¿De los zulús, de los maoríes, de los zelandeses, de los hotentotes, ni de los canadienses, australianos, etc., que son sus aliados? ¿De los odiados rivales o de los presuntos adversarios, germanos, suecos, daneses, rumanos, griegos...? Sólo quedaban dos pueblos, al parecer inofensivos, y como no había donde escoger, han echado mano de ellos, mezclándolos con unos cuantos buitres y *señoritas* y... ¡Arrah bedad! ¡Caramba! ¡Madre de Dios! ¡Casco! y ¡Zarpa! ¡Ah Wi!

(El señor A).—¿Y los irlandeses? ¿Cómo se explica V. que los irlandeses también...?

—¿Ignora V. que Redmond ha declarado que Irlanda se opone al servicio obligatorio, y no sabe V. que los irlandeses no quieren batirse por los admiradores de don Mareñas? Puesto que están bajo la férula inglesa ¡duro con ellos!

(El señor A).—¿No le agradaría a V. ver ese drama, don Subrio?

—Me divierten más los espectáculos que están dando los ingleses en los diferentes teatros del mundo. ¡Qué gimnastas, qué carreristas y qué pescadores con caña!

(El señor B).—No me dejan ustedes meter baza; quien ha llevado a cabo una maniobra tan difícil y notable como la evacuación de Anzac, no merece que ustedes...

—Oiga V. el comentario que hizo en la Cámara de los Comunes mister Amery: «Dos días hace que el primer Ministro habló de la retirada de Suvla y Anzac casi como si hubiera sido el coronamiento de una grande y victoriosa campaña...» Y, a propósito del Parlamento inglés ¿saben ustedes la defensa que el ministro Tennant hizo del general Ian Hamilton, que mandaba el ejército de Gallipoli? Don Mareñas se queda tamañito... No ha sido culpa del Gobierno el no haberse publicado ninguna descripción oficial detallada de aquellas interesantísimas operaciones. El despacho de sir Ian Hamilton llegó ayer (20 de diciembre) al Ministerio de la Guerra. Sir Ian Hamilton es un escritor muy distinguido, con un sentido literario muy fino, y se tomó tiempo para poner sus materiales en orden y limar sus períodos. Esta es la causa principal de la demora».

(El señor A).—¡Caramba o Zarpa, don Subrio! ¡De buen humor ha venido V. hoy!

—Para buen humor, los ingleses: Oigan ustedes este párrafo de un discurso pronunciado en los Comunes por mister Dillon, refiriéndose a los pocos solteros y a los muchos casados que se alistan en el ejército: «No se ha demostrado que haya más flojedad en los solteros que en los casados. Según una teoría familiar a los lectores del *Daily Mail* y de una parte de la prensa, cualquiera creería que el tipo general del ciudadano británico es un cobarde hasta que se provee de una mujer, y que entonces se transforma en un héroe ansioso de correr al campo de batalla. No se encuentra otra explicación a este cambio de actitud, sino que en muchos hombres las experiencias maritales son tan infelices, que despiertan los deseos de ir a la guerra». ¡Arrah bedad o arza pilili, que para el caso es igual!

(El señor A).—¡No me haga V. reír, don Subrio, que se enfada el señor B!

(El señor B).—Con razón sobrada. Deseaba leer a ustedes unos párrafos de Stanley Washburn, que ha sido corresponsal de guerra en Rusia durante dieciséis meses, demostrando la modestia y la seriedad británicas, y me salen ustedes con esas mamarrachadas...

—¡Inglesas!, señor B, con permiso de don Vasco. Punto en boca, señor A, y dispongámonos a oír a Washburn. Soy todo oídos, mi querido señor B.

(El señor B).—Mister Washburn dice que los rusos están muy descontentos, creyendo que ellos han puesto toda la carne en el asador por favorecer a sus aliados, y que éstos no han hecho nada por ellos. Y añade estos párrafos, luego de hacer constar que el primitivo plan ruso consistía en permanecer a la defensiva: «Pero cuando Alemania comenzó su avance sobre París con un ímpetu devastador, los rusos lanzaron sus masas a la Prusia Oriental, con tal osadía y energía que al cabo de una semana las calles de

Berlin estaban llenas de refugiados dominados por el pánico. Desconcertadas, las autoridades alemanas destacaron varios cuerpos de ejército del Oeste al Este, y permitieron a las tropas franco-británicas detener la marea y salvar a París. El precio lo pagó Rusia. Hindenburg pudo llegar al Este con tal masa de tropas que la invasión rusa terminó desastrosamente, como jamás han conocido las armas británicas. ¿Se dan cuenta los ingleses de que las pérdidas del ejército de Sansonov en muertos, heridos y prisioneros suman casi tantos hombres como los que componían el primer ejército británico expedicionario a Francia? Aquellas fuerzas eran lo mejor del ejército ruso, y Rusia aceptó este primer gran descalabro con absoluta resignación, convencida de que la invasión de la Prusia Oriental salvó a París. «Todo por nuestros aliados. Hemos apartado al enemigo de la capital de Francia. La derrota está justificada», era la opinión dominante en Rusia en el otoño de 1914. Desde Tannenberg acá, apenas ha transcurrido una semana sin que los rusos hayan tenido que cargar con todo el peso del conflicto. Sin sus esfuerzos, la presión alemana sobre la línea británica en Flandes, pudo ser aplastante. Durante todo el invierno y la primavera, los rusos pelearon y aguardaron con paciencia el esperado avance en el Oeste, en mayo, que les permitiría respirar y prepararse para un esfuerzo aún mayor que los anteriores. «Inglaterra levanta un gran ejército», se decía «No está aún preparada para combatir en tierra. Aguardemos». Pero cuando se creía que iba a llegar el auxilio, comenzó el gran golpe de los germanos en Galizia. En junio, la ausencia de una diversión en el Oeste, dió lugar a mal disimuladas quejas. Los propagandistas alemanes en Petrogrado aprovecharon la situación: «Inglaterra os está sacrificando»—decían.—«Tenéis que combatir solos. ¿Dónde está el ataque en el Oeste? ¿Ocurrirá jamás? Inglaterra espera que los alemanes se debiliten contra vosotros, para no tener ella que intervenir. ¿Qué ha hecho Inglaterra en esta guerra?». Y añade Washburn que el ignorante pueblo ruso da asenso a esas patrañas, bajo la impresión que le produce el hecho de caer diariamente bajo el plomo enemigo decenas de millares de soldados procedentes de las clases agrícolas.

—No creía que los rusos tuvieran tan buen sentido, francamente, ni que hubieran advertido con tal claridad el juego de sus aliados. Bien dicen que la experiencia es madre de la ciencia, y que sabe más el diablo por ser viejo que por ser diablo, (porque en Rusia ya casi no quedan más que viejos) y que la letra con sangre entra, y que quien bien te quiera te hará llorar, y...

(El señor B).—¡Basta, don Subrio, que me pone V. nervioso! ¿Va V. a seguir hablando desaforadamente o me dejará V. concluir?

—Concluya V. en buena hora, que siempre será antes que comiencen sus amigos.

(El señor A).—No haga V. caso, señor B, y sepamos la moraleja del señor Washburn.

(El señor B).—Este caballero, que por las trazas debe de ser sagaz y avisado, aconseja a los ingleses que digan a los rusos lo mucho que han hecho por la causa aliada, única manera de borrar el disgusto creciente en el pueblo moskovita y de atajar la animosidad que allí se está desarrollando contra Ingla-

terra. Y ahora, pregunto yo: ¿puede haber mejor prueba de la seriedad británica, del desinterés, de la abnegación, de la buena fe, de la lealtad, del desprendimiento de Inglaterra? ¿Qué otra potencia puede envanecerse, como ella, de sacrificarse por la causa común y callar esos sacrificios y no hacerlos valer ante los amigos, neutrales y enemigos?

—¡Calle! Pero ¿ha hecho algo Inglaterra? ¡Lo ignoraba!

(El señor B).—¿Hablamos en serio o no, don Subrio? El mismo Washburn enumera los servicios de Inglaterra. Primero, la libertad de los mares...

—Para el comercio inglés, porque los rusos no tienen abierta otra vía que la transiberiana.

(El señor B).—Después, la tentativa de forzar los Dardanelos...

—Para birlar Constantinopla a los rusos y meter en el mar Negro el testamento de Pedro el Grande; menos mal que los alemanes lo han mojado antes.

(El señor B).—En tercer lugar, la intervención de Inglaterra salvó la situación al principio de la guerra...

—¿A quién salvó? ¿A Bélgica? ¿A los rusos en Tannenberg? Quienes salvaron la situación fueron las piernas de los soldados. Todo lo demás son poesías o artículos de Barrés, monsieur Maurice.

(El señor B).—Las fábricas inglesas están trabajando noche y día en la fabricación de municiones y material de todas clases, incluso cañones, para Rusia...

—¿De balde? ¿Gratis et amore? ¿Lo envían acompañado de algún jamón?

(El señor B).—¡Tendría que ver! ¡Claro es que lo cobran; pero lo que importa es tener ese material! ¿Qué harían sin él los rusos?

—Lo mismo que hasta aquí. Enviar al Cáucaso al Gran Duque y mandar al general Ruszky, jefe del ejército del Norte, que convalece de una grave afección pulmonar complicada con un catarro, a una estación templada y deliciosa...

(El señor A).—¿A cuál, don Subrio? No sabía una palabra.

—Sí, al Cáucaso, a hacer solitarios con el Gran Duque. ¡Cómo las gastan los rusos para curar las dolencias de sus generales! ¿Han hecho algo más los ingleses?

(El señor B).—Finalmente, Inglaterra ha prestado muchos millones a Rusia para que ésta pueda continuar la guerra con redoblada energía.

—Y sigan pereciendo a millares los rusos, mientras los ingleses prestan... sí, esta es la palabra, prestan a buen interés dinero, servicios y otras bicocas. ¿Sabe V. qué le digo, señor B? Que mister Washburn es un cándido y los ingleses unos sabios.

(El señor A).—¿En qué se funda V. para esa afirmación?

—En que si se divulgaran en Rusia los sacrificios de los britanos, se acababa la guerra. Rusia se aliaría con Alemania. ¡Bien hacen en callar los ingleses! Gracias a su silencio, los demás aliados admiten y hasta agradecen los servicios prestados por los insulares. Resueltamente, el silencio es oro, y oro amonestado.

SUBRIO ESCÁPULA

SERBIA, BAJO LA INVASION

El corresponsal de *The Times* en Serbia, envió a su periódico la siguiente carta, fechada el 14 de noviembre en Monastir, que resulta ahora todavía más interesante que en la época en que fué escrita:

El 14 de octubre partí de Salónica para Nisch. El viaje en ferrocarril no debía de haber durado más de ocho horas, pero por la aglomeración de trenes militares en la vía única, se prolongó veinticuatro horas.

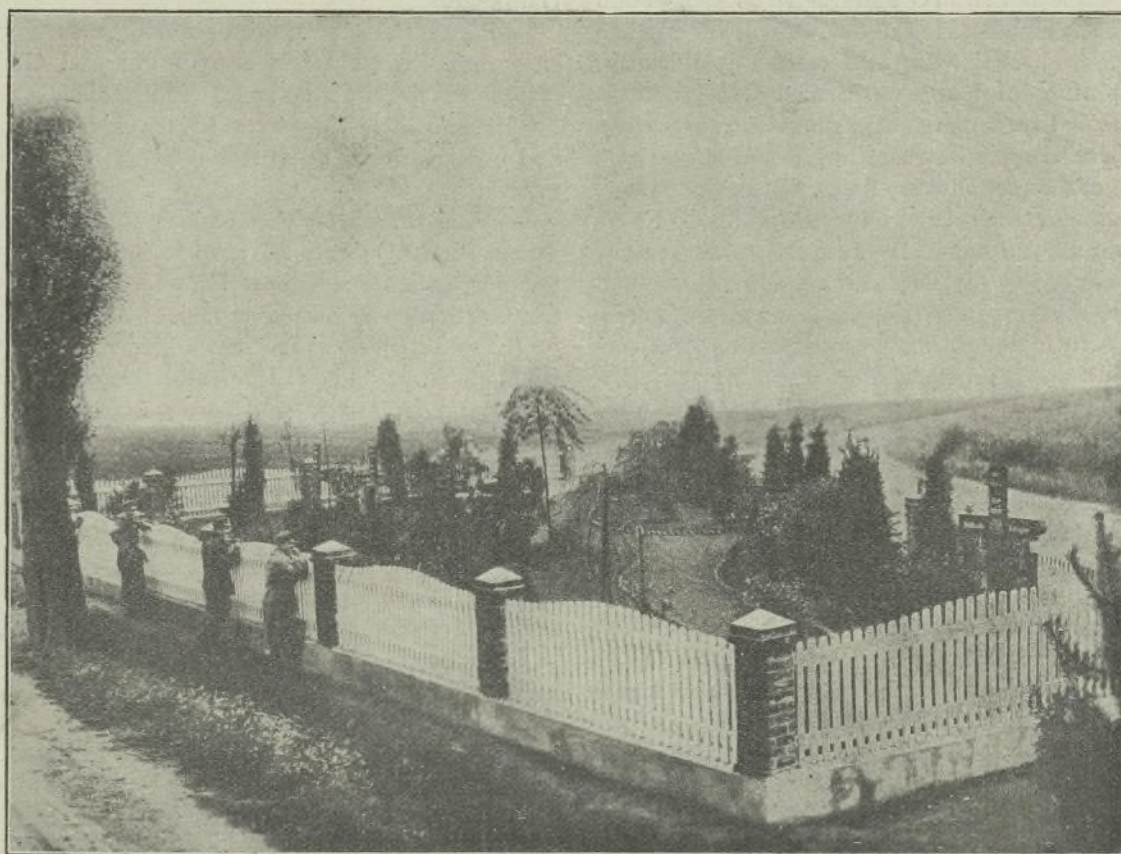
Las estaciones del ferrocarril, desde la frontera griega a Nisch estaban engalanadas y adornadas con

tantes para guardar todas nuestras largas fronteras. ¡Decidles, por piedad, que vengan pronto, y en número de centenares de millares!»

Esta seguridad no la podíamos dar, por desgracia.

Que Nisch estaba preparada para dar la bienvenida a nuestras tropas, lo atestiguaban las banderas y arcos de triunfo en las principales avenidas. En el andén de la estación, un capitán de infantería se adelantó a saludarnos. Me pareció que le complacería, anunciándole que el primer contingente del ejército expedicionario venía detrás de nosotros.

«¡Llegarán demasiado tarde!» exclamó con amargura.



Cementerio para los héroes alemanes muertos en tierra francesa

banderas, en honor de las tropas anglo-francesa, cuya llegada se esperaba desde un momento a otro desde quince días antes. Aquel día en particular, por fin, fué telegrafiada desde Salónica la partida del primer tren con tropas francesas. La esperanza, que se iba debilitando, renació. Las tropas y el pueblo, con sus mejores ropas, los niños de las escuelas, formados por sus maestros y llevando ramos de flores para entregarlos a los aliados de los serbios, se apretujaban en todas las estaciones.

«¿Cuándo llegarán?»—era la pregunta que con ansiedad se nos dirigía en todas partes.

«Su tren debía salir una hora después de nuestra partida», era cuanto podíamos responder. Ignorábamos que el primer contingente de tropas aliadas, acaso un par de regimientos, tenía orden de no pasar de Ghevgeli, ni que hasta al cabo de muchos días no les seguirían otras fuerzas.

«Estamos perdidos», exclamaban los serbios, «si no llegan enseguida. Nuestros ejércitos no son bas-

Por extraño que parezca, no he oído en Serbia, durante todo el mes que allí he pasado, otras frases más tristes que esa. Mientras los ejércitos serbios han tenido que retirarse en todas partes ante los torrentes de invasores, abandonando al enemigo los más ricos territorios; a pesar de que el Gobierno ha tenido que trasladarse de unas ciudades a otras; no obstante la agravación de la falta de víveres, que tiene en peligro de muerte a millares de personas, el espíritu de la nación serbia ha dado pruebas del más arraigado optimismo.

«La lucha será larga y dura; pero estamos preparados para toda clase de sacrificios y al fin venceremos, porque la Entente triunfará», es lo que dicen altos y bajos.

Y que esto no es una mera fanfarronada, sino una honda convicción, lo demuestran la tranquilidad de los funcionarios y el continente alegre del pueblo, a pesar de los reveses de Serbia; no se admiten las derrotas. «Estamos simplemente compeli-

dos a retirarnos, y al retroceder infligimos terribles pérdidas al enemigo, mientras nuestro ejército, con su material prácticamente intacto y con un frente cada vez más fácil de defender, porque se estrecha, va siendo menos atacable por los invasores». Este es el cuadro de la situación militar, tal como invariablemente lo exponen los serbios.

En cualquier otro país, habrían sido de gran tristeza los cuatro días que pasé en Nisch. Los ejércitos austro-alemanes y búlgaros convergían sobre la ciudad desde el N. y el E., y se apresuraban los preparativos para que el Gobierno y la guarnición evacuaran la plaza. No se advertía, empero, ninguna señal de atolondramiento, ni la ansiedad se reflejaba

el que invierte normalmente tres horas, pero en el que invirtió desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana del siguiente día, por las largas paradas en las estaciones, para dar paso a los trenes militares.

En Kraljevo, todos los cuartos mejores habían sido tomados para alojar a los funcionarios oficiales. No fué poca suerte para mí, el conseguir un alojamiento cómodo y limpio. Allí pasamos una semana, plazo en el cual Kraljevo fué la capital del reino. Cuando los funcionarios se prepararon a emigrar de nuevo, la cuestión de procurarse un medio de viaje volvió a presentarse. No hay ferrocarril de Kraljevo a Raschka. Los caminos son buenos durante la esta-



Una bomba de un dirigible inglés, que no hizo explosión

en los semblantes de las gentes. Seguían siendo familiares los saludos cordiales, hasta alegres, y se echaban a broma los reveses militares. Los muchachos jugaban en las calles como de costumbre. Tropecé con dos bodas de campesinos, llevando a los novios, coronados de flores, en carretas. Seguía celebrándose el mercado semanal, y la ciudad no parecía darse cuenta de los acontecimientos que se acercaban.

Al día siguiente de mi llegada a Nisch, el ramal Sur de la vía férrea fué cortado por los búlgaros, en Vrania, y desde entonces sólo se pudo llegar a Grecia por un camino largo y difícil, que es el que he tenido que tomar.

El itinerario no lo olvidará fácilmente quien lo haya recorrido. Comienza en una estación de ferrocarril, atestado el tren de pasajeros oficiales, con maletas hasta en los pasillos; en ese tren tuvimos que esperar nueve mortales horas, por temor de perder nuestros sitios, antes de que se diera la señal de partida. Tenía que llevarnos a Kraljevo, trayecto en

ción seca, pero desaparecen bajo el barro así que llueve. Todos los carruajes y bestias de carga habían sido requisicionados por el Gobierno. Como señalado favor, se me permitió acomodarme en un camión automóvil, que partiría el 26 de octubre, al amanecer.

El camión estaba cargado de material telegráfico, y los dos únicos asientos que tenía los ocupaban el mecánico y un corpulento funcionario, de modo que tuve que trepar sobre las cajas, barriles y rollos de alambre de cobre. La noche era muy oscura, y la lluvia penetraba en el interior por los agujeros de la cubierta. Era imposible dormir sobre tantas esquinas y aristas. Cuando se hizo de día, seguí tan a ciegas como antes, porque el camión estaba cerrado; lo desagradable de hallarse encerrado en semejante lugar, se puede imaginar fácilmente. Por fortuna, el corpulento oficial fué humano, se apiadó de nosotros y consintió en que cambiáramos de sitio. El viaje se hizo entonces más agradable. Las bajadas y subidas las hacíamos a toda la velocidad que per-

mitía el motor, y a veces nos precipitábamos vertiginosamente cuesta abajo, hasta que se estrechaba el camino o venía una curva; pero nuestro mecánico serbio era diestro y sereno. La mayor parte del camino se desliza a través de la hermosa garganta de Raschka, junto al río de este nombre. Más tarde, se despejó el firmamento y salió el sol, iluminando un paisaje realmente delicioso.

De vez en cuando encontrábamos partidas de austriacos prisioneros, con picos y palas, que arreglaban el camino. Un par de viejos campesinos, con el fusil colgado del hombro, guardaban cada escuadra. Los prisioneros parecían alegres y sanos, dadas las grandes privaciones padecidas últimamente, porque a menudo estaban expuestos día y noche a lluvias torrenciales. Muchos nos saludaban. Tcheques, croatas, alemanes, magiares, húngaros, gipsios, representantes de todas las razas de la doble Monarquía, se encontraban allí. Algunos, fumaban en pipa, pero los más no podían gozar de este regalo. Todos trabajaban con la buena voluntad compatible con la vigilancia de que eran objeto por parte de sus indulgentes guardianes. Estaban bien calzados, y sus capotes del invierno anterior aún se encontraban en buen estado.

La noche siguiente a nuestra llegada a Raschka diluvió. Tuve que pasar allí tres días, para procurarme una manera de continuar el viaje. El tercer día, los ministros comenzaron a llegar de Kraljevo. Me fué menester la intervención del Presidente del Consejo y del Ministro de la Guerra, para procurarme un vehículo. No olvidaré el bondadoso y venerable rostro del Sr. Pachitch, a quien me dirigí en primer término. Estaba impasible, gravemente enfermo, en la plaza principal de Raschka, y, como contestación a mi ruego, escribió unas cuantas palabras en una tarjeta, recomendándome al Ministro de la Guerra.

Después de Raschka, el camino pasa por Novi Bazar, Mitrovitza, Ferizovicht y Prizren. En Mitrovitza nos alcanzaron los Ministros y Diplomáticos, y ya no los volví a ver. Estos pueblos conservan indelebles señales del reciente gobierno turco. Las escuelas e inmundas ciudades de la Turquía asiática son limpias y aseadas en comparación con las serbio-albanesas, cuyos únicos detalles alegres son los minaretes. Nada costaría tener limpias las calles, porque las bañan los torrentes que descienden de las montañas. Los serbios aún no han tenido tiempo de poner orden en estos detalles, ni de reconstruir las viejas casuchas en que las generaciones pasadas encontraban abrigo en el invierno. He aquí algunas escenas que presencié.

Ante todo, el saludo entre la Media luna y la Cruz, representadas por el Gran Mufti de Mitrovitza, vestido con un traje negro, flotante y un turbante blanco, y el Proto-papa serbio, con chaqueta negra, cuello blanco y un sombrero alto, color escarlata, sin alas; ambos se estrecharon cordialmente las manos.

Otro cuadro fué el de la multitud, que llenaba la calle, delante de una tienda. Media docena de policías serbios, armados de estacas, que descargaban sobre las espaldas de quienes querían asaltar la tienda. Sin duda era una panadería, y el pueblo iba en busca de pan. ¡No! Se trataba de algo, que creen tan

necesario como el pan: tabaco. Acababa de llegar una partida de esta rara golosina, y se temía que no bastara para todos.

Una tercena escena: Un niño albanés, de cinco años, con sólo una camisa rota, se arrastraba bajo los aleros de un café, fuera de la lluvia, luchando con el frío de la mañana y con el hambre. Aún no había aprendido a pedir limosna. Lo llevamos a una tienda de ropas hechas y le compramos un traje. Chaqueta, chaleco y pantalones, todo de gran tamaño para su edad, por unas pocas pesetas. Le regalamos otra peseta para que repusiera su estómago. La fama de nuestra esplendidez corrió por Novi Bazar, y nos alegramos de librarnos de las consecuencias, abandonando la ciudad.

Desde Raschka a Mitrovitza gozamos de relativa comodidad en un coche medio desvencijado. Volvimos a servirnos del ferrocarril entre Mitrovitza y Ferizovitch. La línea, en Katchanic, estaba en manos de los búlgaros, y se combatía en la última plaza; los cañonazos se oían en Ferizovitch. Hasta Prizren viajamos en un camión automóvil, con el comandante y oficiales de la brigada naval francesa; alcanzamos a sus hombres, que hacían el camino a pie y que llevaban diez días de marcha desde Nisch. Pasamos una buena noche en Prizren, en la casa de un funcionario serbio a quien encontramos por casualidad en la calle. En un sucio figón, frontero a un torrente, hicimos la última comida de la jornada, de modo que en adelante tuvimos que contentarnos con pan y queso. El figón era una sala larga, baja de techo, que en un testero tenía una especie de escenario, con una cortina a modo de telón, la cual se alzó a poco para que representaran un par de actores, hombre y mujer, que andaban mezclados con la concurrencia. Dos músicos, violín y guitarra, formaban la orquesta, y estaban templando cuando pagamos nuestro billete y nos retiramos, más ansiosos de sueño que de aquella diversión.

El camión nos condujo, al siguiente día, de Prizren a Liuma. Entonces comenzó lo peor de nuestro viaje. Allí pasamos dos noches bajo la tienda de campaña. El resto del camino, hasta Monastir, teníamos que hacerlo a caballo, pero el comandante militar no nos pudo proporcionar caballos, y tuvimos que pagar un precio exorbitante por unos jacos que nos alquilaban unos avariciosos albaneses.

Doce horas sobre monturas de madera, atravesando los espolones de varios montes, fué nuestra tarea del siguiente día, y llegamos al camino de Vassia, lleno de barro. Desde Liuma al pequeño Dibra recorre lo que apenas hace un año era la región más peligrosa de Albania, por donde no podía pasar ningún viajero sin pagar tributo. Los serbios han conseguido en pocos meses lo que los turcos no pudieron hacer en siglos. La comarca es ahora segura. Las casas de las aldeas que atravesamos parecen construídas para resistir un sitio. Ninguna tiene más de cuatro o cinco ventanas, meros agujeros de observación y para disparar un arma, muy altas, junto al tejado. Diseminadas en los ribazos y campos, aparecen las casas solariegas de los fuertes montañeses, todos ellos independientes. El más temible de esos jefes era un tal Kiazim Leka, que, después de caer herido en una refriega con la gendarmería serbia, escapó a Salónica. Nuestros guías albaneses

nos contaron mil historias de sus proezas, y uno de ellos se envanecía de ser cuñado suyo.

En Vassia gozamos del privilegio de dormir en la casa de esa celebridad, un edificio, rodeado por una tapia defensiva, compuesto sólo de tres grandes salas. En una de ellas dormimos sobre la paja, en compañía del comandante militar del pueblo.

De las impresiones que recogí por el camino, deduzco que los albaneses no son hostiles a los serbios. Esto parece increíble a quienes no conozcan el modo de ser de los serbios en tiempo de paz. Después de una dura lección, impuesta por la fuerza de las armas, y de la eliminación de los espíritus más intransigentes, los albaneses fueron inmediatamente tratados como hermanos y camaradas. Centenares de ellos se alistaron en la gendarmería local. Sus costumbres, con excepción del bandolerismo, la *vendetta* y el llevar armas todo el mundo, no fueron molestadas, y las contribuciones no pecaron de excesivas. Para los albaneses de las ciudades, la extinción del terrorismo en los campos, ha sido un gran bien, y ahora es cuando comprenden lo mal que hicieron antes, tolerando una llaga que les parecía natural en el orden de cosas de este mundo imperfecto.

«Antes de que llegaran los serbios», nos decían, «no transcurría día sin algún asesinato o robo. El bandolerismo y la vendetta eran nuestros hábitos más honrosos. Es verdad que los turcos nos aconsejaban amistosamente que abandonáramos esas costumbres, pero no les hicimos caso, ni ellos pasaron tampoco del consejo. Los serbios son diferentes. Acompañan su consejo con algo que no puede ser despreciado».

Estos albaneses admiten de buen grado que no se hallan en estado de gobernarse a sí mismos. «Somos salvajes e ignorantes, y no tenemos nociones de go-

bierno. Nosotros nos sometemos a un pueblo más sabio, a condición de que nos trate con justicia, como hacen los serbios». ¿A qué nación preferirían someterse? La respuesta es unánime: «A los turcos, con todas sus faltas, porque tienen la misma religión que nosotros». ¿«Y después de los turcos»? «Nos agradaría ser gobernados por una nación rica, como Inglaterra o Francia, que nos enriquecería también».

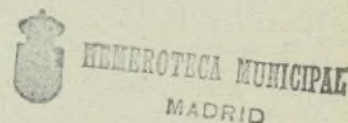
Después de alcanzar el Paraíso, el mayor deseo de los albaneses es la riqueza. «Antes de rendirnos a los serbios, enviamos un delegado a los Embajadores (vice-cónsules) inglés y francés en Uskub, y les pedimos, toda vez que había terminado el poder turco, que aconsejaran a sus gobiernos nuestra anexión. Pero la súplica fué desoída, y tuvimos que contentarnos con los serbios».

Desde Vassia a Gran Dibra tuvimos que seguir un sendero de montaña; pasamos dos días de tormento, sobre una montura de madera. En Dibra permanecemos un día, esperando caballos de refresco. Desde allí a Monastir, otros cuatro días en las mismas condiciones; solamente al final del viaje encontramos un carro sin muelles, que el comandante dé un puesto cercano nos proporcionó para que descansasen nuestros huesos; fuimos tres horas en ese carro.

El camino descrito es ahora la única vía de comunicación entre el N. y el S. de Serbia. Como se comprenderá, son enormes las dificultades de transportar vituallas por semejante camino.

A todo lo largo del sendero albanés encontramos millares de caballos, mulas y asnos, empleados en el servicio de abastecimientos. Sus conductores, macedonios o albaneses andrajosos y miserables, inspiraban lástima, viéndoles azotados por el viento frío y por la lluvia torrencial.

CRONICA MILITAR



I. La economía de vidas en los métodos alemanes.—II. La cuestión de Salónica.—III. Las batallas en Galizia y Volinia.—IV. La situación el 12 de enero de 1916

I.—La economía de vidas en los métodos alemanes

El total de las bajas del ejército británico, deducidas las registradas en los Dardanelos, se elevaba a primeros de diciembre a 410.000 hombres, en números redondos, de las cuales corresponden 390.000 al frente occidental. En igual período de tiempo, las bajas alemanas, incluyendo las de Baviera, Sajonia y Wurtemberg, publicadas en detalle por los respectivos Ministerios de la Guerra, ascendían, también en números redondos, a 2.500.000, o sea más de siete veces las del ejército británico que opera en Francia. Esa relación de 1 a 6.5 es la que resulta también comparando los efectivos medios de los ejércitos inglés y alemán, pero el acuerdo se rompe si se toma en cuenta la intensidad de acción de unas y otras tropas, y la desproporción salta a la vista considerando los resultados obtenidos hasta el presente.

El efectivo medio del ejército británico en Francia no ha llegado a la tercera parte del total de tro-

pas alemanas en el frente occidental; admitiendo que las bajas relativas fueran iguales en los dos bandos, debieran de sumar las alemanas 1.200.000 hombres, quedando para las padecidas en el frente oriental—luego de descontadas las de la campaña de Serbia y las de la marina—1.200.000. La comparación así establecida, no está en armonía con la realidad, porque las tropas británicas tomaron una parte insignificante en las operaciones del primer período de la guerra, que de seguro costó a los alemanes pérdidas por lo menos diez veces mayores; y desde la batalla del Aisne la violencia de los combates entre franceses y alemanes ha sido muy superior a la de los reñidos entre los últimos y los ingleses. En términos generales, no es aventurado creer que, si las bajas sólo fueran función de los efectivos, los alemanes deben de haber perdido en Francia seis hombres por cada inglés puesto fuera de combate, o sea 2.300.000; se llegaría entonces a una cifra irrisoria—100.000—para el número global de bajas sufridas en la campaña de Rusia. De consiguiente, se llega a una de dos

conclusiones: o las listas alemanas no son fiel reflejo de la realidad, o las pérdidas del ejército imperial han sido, relativamente, bastante menores que las de sus adversarios; y como lo primero no es admisible, porque se publican periódicamente desde el principio de la guerra, detallando los nombres, los cuerpos y los motivos de la baja, hay que aceptar como exacta la segunda conclusión.

Llegamos, de esta suerte, a la corroboración de lo que he manifestado varias veces acerca de los métodos de combate alemanes, fundados en el prodigio uso de la artillería y otros medios de ataque, y en la maniobra, en las primeras operaciones en el Oeste y en toda la campaña de Rusia, y en la reserva de hombres, compensada con el empleo de prodigiosas cantidades de proyectiles y de elementos químicos en Francia, desde la batalla del Aisne. De no ser esto cierto, el número de bajas alemanas se acercaría mucho a seis millones.

Por lo demás, era ya sabido que en las grandes victorias era el vencido y no el vencedor quien resultaba más perjudicado, toda vez que los quebrantos se agravan en las retiradas y cuando sobreviene la descomposición de las unidades, que es lo que aconteció repetidamente a los rusos y a los franceses hasta primeros de septiembre de 1914.

Los éxitos locales de los alemanes en Flandes y Soissons los obtuvieron en contadas horas, sin grandes derramamientos de sangre; mientras que su resistencia en Flandes, Artois y Champaña la llevaron a cabo con tropas escasas y, consiguientemente, con pocas pérdidas, salvo los 25.000 prisioneros que en septiembre pasado cayeron en poder de los franceses. Refiriéndose a la organización de las líneas alemanas en el frente occidental, el Gobierno británico ha declarado que, en una ocasión, una trinchera avanzada enemiga se sostuvo, no ya días, sino varias semanas contra todos los ataques, y cuando fué ocupada se supo que sólo la ocupaban 90 hombres, que tenían a su disposición ¡50! ametralladoras; el terreno de ataque quedó cubierto por centenares de cadáveres. Según la misma fuente de información, las trincheras alemanas de primera línea están guarnecidas por tropas escogidas, muy escasas en número, dotadas por término medio de una ametralladora, morterete o lanza bombas por cada dos hombres, o sea cada tres o cuatro metros, a lo sumo, de línea de fuego. Únicamente así se comprende que los alemanes cubran un frente—entre Rusia y Francia—de cerca de dos mil kilómetros, para el que necesitarían un ejército de ocho a diez millones de hombres, según los cálculos que se admitían como normales hasta fecha no lejana. Parece que en el frente ruso la dotación de ametralladoras es aún mayor que en el occidental, donde en compensación hay más artillería.

Ya al principio de la guerra hube de negar veracidad a las noticias tendenciosas que atribuían a los alemanes la costumbre de empeñar los ataques en orden cerrado, en grandes masas, sin reparar en vidas. Era imposible que aquellos generales no se preocuparan de economizar la sangre de un elemento, el soldado, del que no poseían reservas ilimitadas, y más lógico era que la prodigalidad se limitara a los proyectiles, que Alemania tiene y fabrica en cantidades fabulosas. Poco a poco la verdad se ha

abierto paso, y hasta se ha dado el caso de que se recomendaran los métodos de los alemanes por alguno de sus adversarios, en plena guerra.

Esa substitución de los factores humanos por los mecánicos, hasta donde es posible, requiere un mando muy experto y de gran sangre fría y un ejército muy instruido y disciplinado. La falta de uno de ambos requisitos hay que suplirla con la cohesión, con el efecto del número, y esto aumenta sin tasa las pérdidas.

Por este motivo, el ejército ruso es el que más ha padecido, y tanto como él, en igualdad de condiciones, el británico, ninguno de los dos completamente preparado para una gran guerra; mientras que el francés habrá llevado mejor parte, siempre en circunstancias iguales o parecidas. Nada se sabe de las pérdidas del italiano, pero, tomando en consideración el teatro en que opera y el modo de ser de aquellas tropas, sus bajas deben sumar una cifra espantosa.

Si en la comparación se hace intervenir el resultado conseguido, el balance resulta todavía más favorable a los alemanes, y desastroso para los rusos, en primer lugar, y en segundo para los ingleses. Las mayores bajas francesas tuvieron lugar en el mes de agosto de 1914, y luego en la batalla del Aisne, porque los franceses, que aún no conocían la fortaleza de las líneas alemanas y creían que el enemigo proseguiría la retirada, ni prepararon debidamente los ataques, ni dejaron de practicar los viejos métodos, en que el hombre era el factor principal. Es verdad que en las batallas de Artois y Champaña sus pérdidas fueron colosales, pero menores que las de agosto a noviembre de 1914, teniendo en cuenta la diferencia de los efectivos empeñados.

Posible es que el primer ataque a Lieja, que se trató de tomar a viva fuerza, aleccionara a los alemanes; lo indudable es que, tanto en la ofensiva como en la defensiva, una de sus principales preocupaciones es la economía de vidas humanas, hecho que los datos numéricos antes expresados ponen fuera de dudas, sin necesidad de que conozcamos las cifras correspondientes a cada batalla.

II.—La cuestión de Salónica

Escribo este apartado el 7 de enero, cuando todavía faltan bastantes días para su publicación y a sabiendas de que, entretanto, pueden ocurrir sucesos que cambien la situación y contradigan o nieguen lo que ahora se diga. Me adelanto a ellos, sin embargo, porque la calma actual se presta más a la reflexión serena.

Que los imperiales han incurrido en grave falta permitiendo que los franco-ingleses se fortifiquen en Salónica; que todos los principios militares aconsejan el ataque inmediato; que si la suspensión de las operaciones obedece al mal estado de los caminos o al ataque de los rusos en las fronteras de Besarabia, a donde han sido llamados los alemanes que se encontraban en Macedonia; que será imposible la expedición de alemanes y turcos a Oriente; que si la causa será la tenaz resistencia de los montenegrinos... Todo esto y algo más está siendo tema, hace muchos días, de los que siguen con atención la marcha de la guerra. Bien considerado, sólo demuestra algo que

no es muy halagador: en dieciocho meses de campaña, los beligerantes han templado sus nervios y enfrenado su imaginación; los que de lejos asistimos a los acontecimientos, somos cada día más impresionables y hemos dado al olvido aquello mismo que



General Conde Bortmer, comandante de un ejército austro-húngaro

ha sido objeto de nuestros más abundantes comentarios.

Porque, en resumen ¿qué misterios son esos de Salónica? Que los aliados desembarcaron allí, casi el mismo día que los austro-alemanes salvaron el Danubio, con el propósito de reunirse con los serbios; que no consiguieron su objetivo y tuvieron que presenciar de lejos el aplastamiento de Serbia; que sin atreverse a avanzar ni a retroceder fueron por fin atacados, derrotados y empujados a territorio griego, en cuyas fronteras se han detenido los vencedores. ¿Era Salónica la finalidad militar ni política de la campaña? No. La ocupación de Salónica ¿es un valladar que se opone a la marcha a Oriente? Más, incomparablemente más, lo sería la presencia de los franceses en el extremo de Gallípoli, y nadie se preocupó de este hecho. Salónica ¿estorba la libre comunicación con Constantinopla y Asia? No.

Lo que hay es, sencillamente, que los críticos militares franceses e ingleses están dando a Salónica una importancia muy superior a la que tiene, creyendo que así inducirán a error a su adversario y le forzarán a desistir de las operaciones en Asia, posponiéndolas a las de Macedonia; y que algunos críticos alemanes, fingiendo caer en el lazo—caso no nuevo ni mucho menos—, sostienen la misma opinión, para que los aliados, creyendo inminente el ataque, envíen tropas y más tropas a Grecia, sacándolas de donde más molestas serían para los imperiales. Se trata de una habilidad de una y otra parte, a la que se adorna y viste con los tan manoseados principios militares, convenientemente aderezados.

Restablezcamos la cuestión en sus términos precisos. La ocupación de Salónica fué un acto de iniciativa de los aliados. ¿Qué se proponían obrando así?

Dejemos aparte lo del auxilio a Serbia, pensamiento que, si realmente existió, fué abandonado a primeros de noviembre. Desde este punto de vista, la expedición a Macedonia tuvo un objetivo análogo al de la expedición de los ingleses a Amberes: infundir alientos al defensor, para que resistiera hasta el último extremo. Desde noviembre, Salónica ha sido la amenaza en el flanco de los imperiales que les disuadiera de la campaña, tan temida, en Asia y Egipto. Gallípoli cumplía mejor este objeto, pero allí las enfermedades hacían estragos, no había buenos puertos, y las tropas estaban desmoralizadas. Salónica cumplía los requisitos apetecibles, con la ventaja además de ejercer presión sobre Grecia y no estar muy alejada de Albania, teatro posible de un ejército italiano; las escuadras no tendrían que buscar refugios accidentales, y estarían seguras en el amplio y resguardado golfo griego; y, en último término, siendo los embarcos y desembarcos más fáciles en Salónica que en Gallípoli, quedaba mejor garantizado el transporte de tropas a Egipto, si lo demandaban las circunstancias.

Pero para que la ocupación de Salónica fuese una amenaza real y no imaginaria, era menester que el ejército contara con tales y tan pertrechados efectivos que en cualquier momento pudiese emprender una maniobra ofensiva. En otra *Crónica* se ha demostrado que era necesaria para semejante operación una masa de medio millón de hombres; mientras no se llegue a esa cifra, los aliados no deben prometerse grandes resultados de una operación que, por ahora, no entra seguramente en sus planes. Su deseo sería que los 200 ó 300 mil hombres que pongan en Salónica distraigan al enemigo un número de soldados doble o triple



General Fseiherr von Lüttwitz, jefe de una división de infantería de la Guardia prusiana

No basta ocupar una posición de flanco para tranquilizar al adversario; ha de ir acompañada por la presencia de tropas bastantes para tomar la ofensiva, y estar tan bien enlazada con las bases propias, que puedan recibirse refuerzos y elementos de gue-

rra con la premura y en la medida necesarias; de lo contrario, el que se sitúa en el flanco corre más peligros que su enemigo, y si esa posición está tan alejada de las bases naturales como Salónica y sólo la enlaza con ellas una larga y no siempre segura línea marítima, todas las probabilidades son que el que amenaza se trueque en amenazado, si no en sitiado, que es el caso actual. De consiguiente, no basta hablar de posiciones y ataques de flanco; se necesita disponer de los medios sin los cuales no pueden aprovecharse las ventajas geográficas, y que esas posiciones no estén prácticamente aisladas del resto del ejército. Teniendo esto presente, se infiere que el error de Gallípoli se ha repetido en Salónica. Por afortunados podrían tenerse los aliados si los imperiales, aplazando las restantes campañas, les atacaran con fuerzas superiores; aunque al cabo ingleses y franceses fueran arrojados al mar, tendrían motivo justificado para proclamar que habían llevado la mejor parte, con sólo que resistieran hasta mayo; porque el descalabro en un teatro secundario les habría librado de un golpe tal vez mortal en otro punto más importante, y sus adversarios hubieran incurrido en la falta capital de no concentrar las fuerzas y la acción en aquellos parajes que más directamente pueden conducir al término de la guerra.

No: puesto que la ocupación de Salónica fué consecuencia de la iniciativa de los aliados, deber de los alemanes era no doblegarse a esa iniciativa, sino responder a ella con otra.

Veamos ahora cuáles fueron y siguen siendo los objetivos de los imperiales. Se resumen en uno solo: abrir el camino de Oriente, romper en el punto más favorable la muralla que les rodeaba, para ponerse en contacto directo con Turquía y evitar que Bulgaria, Grecia y Rumanía abrazaran el partido de los aliados. Este objetivo ha sido logrado con creces, puesto que Serbia y parte de Montenegro y Albania, están en manos del vencedor, y en un tiempo extraordinariamente corto. A cambio de material de guerra, que desde el centro de Europa se dirige a Constantinopla, están recibiendo los Imperios centrales víveres y primeras materias de Bulgaria, Rumanía y Asia, y, lo que vale más en estas circunstancias, los muchos millares de sirios, anatolios, etc., que no podían ser llamados a filas porque Turquía carecía de medios para armarlos y equiparlos, están ya agrupándose y pronto formarán un nuevo y respetable ejército. Al abatir la resistencia de los serbios, Alemania y Austria-Hungría han destruído a uno de sus enemigos y se han proporcionado una importante ayuda militar.

Este fué el objetivo inmediato, pero se apuntaba más lejos: a la Turquía Asiática, y de rechazo a Persia, o sea a Egipto, a Mesopotamia, a Rusia y acaso al Indostán. ¿Quiere esto decir que los austro-alemanes sean quienes lleven a cabo tan difíciles y múltiples empresas? Precisamente lo ocurrido hasta aquí indica todo lo contrario. Los imperiales cooperan, auxilian, dirigen y encauzan la acción de los aliados, pero reservan a estos la parte principal, sin lo que no cabría otorgarles las compensaciones que constituyen la aspiración nacional de cada uno. Alemania ayudó a Austria en la reconquista de Galizia, y Austria se puso al lado de Alemania para la invasión de Polonia; ambos Imperios facilitaron a los búlgaros la la-

bor de aplastar a los serbios, pero una vez resuelta la campaña se dejó a los búlgaros que la completaran en Macedonia y a los austriacos que la prosiguieran en Montenegro. Con anterioridad, Alemania dió a Turquía lo que más necesitaba: cañones, armas, destructores y dirección; la materialidad de la ejecución correspondió a los otomanos.

De la misma manera, ahora las operaciones en Asia interesan a los austro-alemanes, como importan a los franceses los ataques de los rusos, pero interesan mucho más a los turcos. Los alemanes les facilitarán cuanto sea menester, incluso algunas tropas, y no pasarán de ahí, porque no han perdido el buen sentido. Téngase muy presente que está sobre el tapete, más que el porvenir, la existencia de Turquía, y que a ésta le era menester ponerse en condiciones de luchar, que es lo que harán los alemanes. Es tan grande el poderío de Alemania, que nos hemos acostumbrado a la idea de que ella sola lo ejecute todo, y no es así. Turquía, una vez en estado de utilizar todos los recursos de sus territorios asiáticos, será capaz de desplegar un esfuerzo que no se sospecha; sin Alemania, jamás podría desarrollarlo; su poderoso aliado le suministrará lo que le falta, pero no llegará al extremo de tomar a su cargo una campaña cuyos principales y directos beneficios serán para Turquía.

Así es como hay que considerar las operaciones militares en Oriente; no es que Bulgaria y Turquía sean simples auxiliares de Alemania. Cada nación tiene sus particulares objetivos, y Alemania se limita a favorecerlos, mediante acuerdos y actos que hacen armónicos los diversos intereses y permiten una acción común.

La ocupación de Salónica en nada menoscaba los planes alemanes sobre Oriente; si a alguien amenaza es a Bulgaria y, secundariamente, a Turquía; los imperiales no tienen motivos de intranquilidad, ni razones serias que les impulsen a empeñar un grueso ejército en el ataque a dicha plaza; otra cosa sería si los aliados avanzasen en Macedonia con propósitos ofensivos.

Vista la cuestión de Salónica desde el lado búlgaro, más urgente que ella es la de Albania, porque Macedonia no gozará de seguridad completa mientras Albania esté abierta a las codicias europeas. Con toda claridad lo han comprendido los búlgaros, que, deteniéndose en las fronteras griegas, se van extendiendo por Albania, a compás que los austriacos a Montenegro. Salónica es griega, y si los aliados persisten en la ocupación los búlgaros contarán con la cooperación de los griegos, mientras que en Albania han de confiar ante todo en sus propias armas. Si se resuelve la campaña en Montenegro y Albania, surgirá entonces la de Salónica. Antes, no hay razones de orden militar que aconsejen emprenderla.

Si otras, de orden político, la imponen, es cosa que se desconoce. Ello depende de Rumanía y Grecia, y como es natural sería aventurado vaticinar lo que va a suceder. El ataque, si se realiza pronto, no obedecerá a fines estratégicos. Dueños los aliados del mar, las tropas de Salónica serían llevadas a otra parte, y los imperiales y sus aliados correrían de un punto a otro, agotándose en esfuerzos aislados que les inutilizarían para el principal. Sobrados lugares hay en las costas del Asia Menor donde la presencia

de los anglo-franceses sería mucho más molesta para los imperiales y sus aliados que en Salónica, en cuanto comiencen las operaciones en aquella región.

Atribuir el aplazamiento del ataque a Salónica a la ofensiva de los rusos en el Styr y Dniester es candoroso. Desde el súbito avance de los rusos en agosto de 1914, han aprendido los alemanes a no intentar ninguna maniobra en grande escala sin tener asegurados los demás frentes; la ofensiva rusa se previó con tanta anticipación, que es imposible de todo punto que influyera en los planes del bando adversario.

Insisto en creer que el desembarco en Salónica fué un error de los aliados; el único modo de repararlo consistiría en que los imperiales tomaran aquella plaza como cebo. Si obran bien los primeros proclamando en todos los tonos la importancia del puerto griego y arrojando carteles de desafío, desacertados estarían los segundos recogiendo; lo mejor que pueden hacer es que permanezcan allí inactivos dos o trescientos mil franceses e ingleses, observados por un puñado de búlgaros, mientras en otros teatros la guerra marcha a su desenlace. Motivos políticos tal vez lancen a los búlgaro-alemanes contra las fuerzas del general Sarraïl; militarmente, es preferible que no salgan de la trampa que ellas mismas se han labrado.

III.—Las batallas en Galizia y Volinia

Las últimas batallas reñidas en el extremo sur del frente ruso, recuerdan a las libradas en la línea del Duina cuando terminó la ofensiva austro-alemana. Escasa preparación de artillería, ataques repetidos contra los mismos puntos, empleo preponderante de masas compactas de infantería, y extensión paulatina de la lucha a los sectores inmediatos, a medida que fracasaban totalmente los primeros. El esfuerzo principal se dirigió en la región del bajo Strypa y Dniester, la más próxima a la frontera de Besarabia, o sea contra el extremo derecho de la línea austro-alemana. Ya adelantados estos combates se batalló también en Czartorisk, localidad periódicamente atacada y ocupada por los rusos y reconquistada por los alemanes, dominando la vía férrea de Koval a Kiev. Lo mismo que en otras muchas ocasiones, los rusos no han sido afortunados: llegaron a apoderarse de algunas trincheras en ciertos puntos, al precio de pérdidas enormes, y acto seguido fueron rechazados a sus primitivas posiciones; como tantas otras veces, el fracaso no ha puesto término inmediato a la ofensiva, sino que ésta se ha prolongado, debilitándose poco a poco y languideciendo hasta terminar por el cansancio y el agotamiento del ofensor.

¿A qué han obedecido esas batallas? Era de esperar que después de las juntas y reuniones celebradas por los representantes de los cuarteles generales de las potencias aliadas, y de la formación del Consejo Superior director de la guerra, no volviese a ejecutar ninguno de aquellos ejércitos una maniobra aislada; no ha sido así, sin embargo: ha faltado el concierto en la acción, y los rusos, como de costumbre, han obrado por su propia cuenta. Pueril hubiese sido creer que la extrema derecha austro-alemana era débil y podía ser derrotada fácilmente, porque nadie

debió de poner en duda que cuando los imperiales emprendieron su marcha a los Balkanes tenían en excelentes condiciones de seguridad sus frentes del Este y Oeste. Se había ya firmado el acuerdo comercial entre Rumanía y los Imperios centrales, Serbia había dejado de existir y estaba paralizado el avance contra Salónica, cuando los rusos iniciaron su ofensiva, de modo que tampoco se vislumbra un objetivo político que la justifique. Hace mucho tiempo, lo he dicho en estas páginas, que no me explico las operaciones del grupo de ejércitos rusos del S.

Sospechan los moskovitas que el próximo golpe de los imperiales tendrá lugar en esa región, y han obrado sabiamente enviando a ella el primero de los ejércitos de nueva formación; pero no es la mejor manera de prevenirse contra las eventualidades futuras, el enviarlo a un ataque que casi seguramente había de fracasar y tendría como consecuencia la desmoralización de tropas cuyo espíritu es imposible sea muy elevado. Las últimas operaciones han allanado el camino a la futura ofensiva austro-alemana, en vez de alejarla, y su impresión sobre Rumanía habrá sido contraproducente.

En sus tenaces campañas en Rusia, los austro-alemanes se han valido constantemente de un ardid, a que se presta aquel inmenso teatro: amenazar seriamente en un punto y llevar la acción decisiva a otro muy alejado, para que el enemigo no se percatase a tiempo de cuál era el verdadero objetivo. Pese a la superioridad de sus fuerzas, los rusos han procedido con más ingenuidad, lo mismo en sus tentativas en el Norte que en sus operaciones en el Sur. No hemos podido registrar en estas *Crónicas* una sola maniobra combinada de los rusos, una verdadera maniobra.

En lo relativo a la ejecución, la experiencia ha demostrado que la ruptura de un frente atrincherado sólo puede conseguirse a favor de una artillería pesada superior en número y en calibres; el fuego destructor de esa artillería desarticula, quebranta y allana los obstáculos artificiales, permitiendo el posterior avance de la infantería. De ella se han valido repetidas veces con tal fin los austro-alemanes, y a ella acudieron los franceses en las últimas batallas de la Champaña. Los rusos carecen de esa clase de artillería en número bastante, sus ataques no fueron debidamente preparados y las compactas columnas de carne humana nada pudieron contra el fuego mortífero de las ametralladoras del defensor. Se necesita, empero, algo más que artillería pesada para abrir brecha en un frente fortificado; es menester, además, que el efecto destructor se obtenga en un tiempo muy corto, antes de que lleguen refuerzos que el defensor llamará con urgencia, es decir, que se haga un consumo de municiones prodigioso, y tampoco se ha visto que los rusos estén abastecidos de ellas con largueza. Cabe suplir hasta cierto punto la inferioridad en artillería, llamando seriamente la atención del enemigo en otro lugar, para inducirle a debilitar el que va a ser objeto del ataque; pero esto es cada día más difícil por la fuerza de resistencia que revisten los frentes atrincherados y que obliga a empeñar tropas muy numerosas en la operación auxiliar; ni antes, ni ahora, los rusos han apelado a este método.

De consiguiente, no se vislumbra siquiera un

cambio de la guerra en el frente oriental. Los rusos operan lo mismo que hace un año, hecho que no es de extrañar, considerando que los más de sus ejércitos son improvisados, con pocos oficiales y éstos sin experiencia militar. Los generales moskovitas tienen que buscar en la masa lo que no encuentran en la eficiencia individual, y los efectos tendrán que ser muy medianos en los primeros meses. Para adiestrar a las nuevas unidades no son las prácticas más convenientes los ataques persistentes y en grande escala, que evidencian al menos sagaz la poca utilidad de la cohesión y solidez de una tropa frente a un atrinchamiento poderosamente armado y guarnecido por soldados escogidos. El ejército de la Besarabia, trabajosamente reunido desde el mes de octubre, ha entrado con poca fortuna en la guerra. Es posible que las tropas que se están enviando al Norte y Centro den mejores resultados; en el S., la victoria se va alejando de los rusos, sin que sus adversarios hayan hecho nada por conquistarla.

IV.—La situación el 12 de enero de 1916

A consecuencia del choque con una mina, se ha ido a pique el acorazado de línea inglés *King Edward VII*. Pertenecía a la serie anterior a los dreadnoughts, fué construido en 1902, tenía 16.500 toneladas, y estaba armado con 4 cañones de 30.5 centímetros, 4 de 23.4, 10 de 15.2, 12 de 7.6, 14 de 4.7 y cinco tubos sumergidos de lanzar.

En Francia, los alemanes han obtenido algunos pequeños éxitos en Champaña y en las estribaciones del Hartmannsweiler, sin que se haya modificado la situación en su conjunto. En Rusia ha terminado la batalla en todo el frente del Styr, Strya y Dniester, con el resultado conocido de haber sido rechazada la ofensiva de los moskovitas. Aumenta la agitación en el S. de Persia, tan fuerte, que los rusos se han visto obligados a detener el avance de sus columnas, demasiado débiles y poco enlazadas para dominar el país. Aprietan los turcos el cerco de Kut-el-Amara y libran empeñados combates con las tropas inglesas que, remontando el valle del Tigris, marchan en socorro de la plaza. Ha sido relevado el general Nixon, comandante en jefe del ejército británico en Mesopotamia.

Las tropas francesas e inglesas que operaban en la punta S. de la península de Gallípoli, han reembarcado, del 7 al 9 del corriente. Advertidos los turcos, el día 7, de que su enemigo evacuaba las posiciones, se lanzaron al ataque, y la evacuación fué difícil y larga. No se conocen todavía las pérdidas de los aliados, ni la clase y cantidad del material de guerra

que han tenido que abandonar. No queda ya un soldado enemigo en Gallípoli, y la expedición—tantas veces calificada de aventura—de los Dardanelos, ha terminado lastimosamente. No solamente han perdido allí los aliados más de 200.000 hombres y casi una docena de barcos de combate, sino lo que vale infinitamente más: su prestigio y su fuerza moral. Ocho meses y medio se han batido heroicamente sin conseguir tomar una sola posición importante, y al fin han tenido que reconocer su impotencia ante los musulmanes. Las consecuencias de este hecho han de ser forzosamente gravísimas, por su repercusión en todos los pueblos otomanos del Oriente. Tardarán en manifestarse; pero, al calor que les presta el ejército que está organizando el mariscal von der Goltz, los guerreros de la Turquía asiática, y probablemente también los persas, darán antes del verano ostensibles muestras de sus cualidades combatientes y de su odio a los ingleses.

No pudiendo socorrer ni abastecer eficazmente a los restos del infortunado ejército serbio refugiados en las costas de Albania, los aliados han decidido trasladarlos a la isla griega de Corfú. Esta medida es otro golpe moral que robustece el recibido en los Dardanelos.

Se agrava por momentos la situación de Montenegro. Después de porfiados combates, los austriacos se han apoderado del monte Lovcen, importantísima posición que domina a la bahía de Cattaro—base naval austro-húngara—y llave de toda la parte occidental de Montenegro; la suerte de la capital, Cetigne, está decidida. Al mismo tiempo, prosigue el avance del invasor por el N. y por el E., habiendo caído en su poder Berane. Entregados los montenegrinos a sus propias fuerzas, su resistencia no puede ser larga. A medida que serbios y montenegrinos quedan fuera de combate, se aproxima la hora en que los italianos, extendidos desde Valona a Durazzo, habrán de definir su actitud, pudiendo resultar que sus desembarcos en Albania, lejos de debilitar a los austriacos que se defienden en el Tirol y el Isonzo, compliquen la situación del ejército del general Cadorna.

En Salónica, los aliados trabajan febrilmente en las obras de fortificación, esperando los ataques de un enemigo que amenaza en todas partes, pero que no asoma por ninguna y cuyo interés estriba en que los franco-ingleses no desistan de una empresa más desacertada todavía que la de los Dardanelos.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 de enero 1916.